

- Autor:** Lorena del Valle Cabrera – CONICET
- Dirección de correo:** cabrerality@yahoo.com.ar
- Lugar de trabajo:** Instituto de Historia y Pensamiento Argentinos (IHPA), Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán.
- Mesa temática:** Cuesta Abajo. Desigualdad social, pobreza y exclusión social

De pobres, excluidos y villeros, “nada es lo que parece”. Diferentes modos de pobreza, múltiples formas de exclusión y diversos actores sociales en Villa Muñecas-Tucumán.

En Agosto del año 2005 se inicia un trabajo de campo de tipo etnográfico en Villa Muñecas III con el objetivo de conocer en profundidad las nuevas dinámicas sociales y los diferentes tipos de relaciones y lazos sociales¹ que se establecen entre los vecinos y entre éstos y los organismos públicos políticos y sociales. Para esto, se contactaron vecinos del lugar y se seleccionaron núcleos familiares específicos donde realizar un estudio sistemático que permita obtener datos para una apreciación cualitativa de algunos aspectos o problemáticas que resulten importantes para la dinámica del barrio².

Ubicación geográfica de la Villa:

Villa Muñecas es una zona bastante amplia cuyos límites son difíciles de delimitar ya que las precisiones geográficas estandarizadas no siempre se corresponden con las apreciaciones y límites representados por sus habitantes, quienes sectorizan el barrio de acuerdo a patrones subjetivos propios. No obstante, según información cartográfica brindada por el Departamento de Estadística de la Provincia, esta villa se extiende en la zona noroeste de la capital de San Miguel de Tucumán, por la calle

¹ Se quiere enfatizar que este concepto de “lazos sociales” no apela a mantener un concepto de sociedad basado únicamente en el cooperativismo y en la fraternidad de las relaciones. En este sentido, se pretende poner de relieve justamente el papel que las ilegalidades y los delitos han tenido y tienen tanto en el desarrollo del proceso histórico cuyo resultado es un orden social como en el mantenimiento y reproducción de dicho orden. Así, este concepto apela tanto a las formas de solidaridades como a las formas disruptivas del orden que se manifiestan en la sociedad. Ver reflexiones acerca de este concepto en el artículo “El lazo social del delito y su relación con los poderes ocultos” de Juan Pegoraro, en *Revista Delito y Sociedad*, año 13, n° 20, 2004, Santa Fe, Argentina.

² Las consideraciones metodológicas adoptadas para este estudio responden a un tipo de investigación cualitativa intensa que requiere de una observación participante plena de las distintas actividades y rutinas de las familias. El registro se hace mediante grabaciones digitales, fotografías y notas de campo del observador. Las entrevistas que se realizan son semi-dirigidas y obedecen al seguimiento de algún tema en particular. No obstante, el recurso más usado son las extensas charlas con los miembros de las distintas familias, método que resulta atractivo ya que surgen muchos temas y discusiones que los mismos sujetos sociales consideran trascendentales en los distintos aspectos de sus vidas tanto familiares-barriales como laborales.

Viamonte, entre Avenida Francisco de Aguirre y calle Ramirez de Velazco, abarcando parte del Canal de San José hasta un camino vecinal que es la continuación del Camino del Perú, cuyo referente es la “Cartujana”, fábrica de cerámicos y afines.

Origen e historia de la Villa:

El gran predio que comprende Villa Muñecas esta dividido en tres sectores: I, II y III. La marca de la zona es la heterogeneidad en su constitución, es decir, que no presenta un patrón o común denominador que la caracteriza de una sola manera. Al sector I tuvieron acceso familias con diferentes niveles educacionales y socio-económicos, hecho que se manifiesta en la construcción de las viviendas y en la variedad de situaciones laborales y financieras. En sus orígenes (hace ya más de 50 años) el barrio estaba pensado para alojar principalmente a los ferroviarios que trabajaban en el ferrocarril y en la estación de trenes de la zona. Es de público conocimiento que la actividad ferroviaria cesó en su rendimiento y dejó sin empleo estable a un gran número de trabajadores. Actualmente este lugar está sufriendo una desvalorización tanto material como simbólica, ya que es calificado desde la perspectiva de sus propios habitantes como peligroso, inseguro y de bajo nivel social. A estas crecientes representaciones negativas de la zona se suma el hecho de que las familias de mejores ingresos se mudan y buscan vender sus casas, o en su defecto, tratan de aislarse dentro del propio territorio, con medidas de seguridad que van desde la construcción de tapias hasta la adquisición de armas de fuego para uso particular. Los argumentos que motivan estas prácticas están vinculados directamente con la población que rodea la villa, conformada por otros barrios de características marginales (Barrio Aguas Corrientes, el Canal Norte, Villa “El Trula”, etc.), con altos índices de delincuencia.

El sector II de la villa no tiene una delimitación precisa en términos geográficos, más bien se lo identifica con la referencia a la ex estación de trenes de Villa Muñecas. En este predio había una considerable cantidad de terreno que se ocupaba para almacenar los vagones, rieles, durmientes y demás elementos propios de la actividad de la estación. En palabras de los vecinos, todo este lugar era “*puro monte y vagones*”. La estación funcionó hasta los años noventa, de manera ya restringida, pero mantenía su estructura y algunas de sus actividades. Cuando cesó por completo su actividad, comenzó un nuevo período de actividades en torno a la misma, pero dichas actividades se practicaban de manera ilegal. Éstas consistían en cortar, levantar y desarmar los rieles de la estación, extraer los cables del tendido telegráfico, cortar las durmientes y

desarmar las partes más flexibles de vagones y oficinas. Todas estas maniobras se ejecutaban en pleno día y a la vista de todos, ya que las personas que participaban del desarme eran vecinos del barrio o de las zonas próximas. A medida que se iba despejando el terreno de los rieles, vagones y demás elementos, se asentaban precarias casillas prefabricadas, cuyos dueños se ocupaban de limpiar, es decir, desmalezar el lugar. Este fenómeno se fue multiplicando y generó un mini-mercado de lotes que eran ocupados, medidos y cuidados por algunos interesados en la venta de los mismos a las personas que se iban acercando al lugar con el objetivo de comprar e instalar una vivienda. Así, la zona de la ex estación se fue poblando de familias provenientes de diferentes lugares cercanos o no tanto al barrio. Teniendo en cuenta información brindada por familias asentadas en este sector II, se estima que la población nueva de este asentamiento tiene una antigüedad de siete a diez años aproximadamente. Muchos de los vecinos no se conocen entre sí y afirman tener una gran desconfianza hacia los otros. Este hecho tiene su origen en las numerosas narrativas que circulan en el vecindario, como ser las historias de cárcel y asesinatos perpetrados por algunos vecinos, quienes habrían huído de otros barrios peligrosos y se resguardan en este lugar. Estos relatos que tienen como epicentro a los desconocidos generan la ruptura o la dificultad de establecer lazos vecinales solidarios, ya que se percibe en general cierta carencia del sentido de pertenencia al lugar. De hecho, muchas de las familias de este asentamiento reconocen que no les gusta la zona pero que no tienen donde vivir, y sostienen que si podrían mudarse lo harían. En este sentido, los habitantes deciden permanecer en el lugar por el hecho de tener algunos familiares cerca, lo que les posibilita sostener los lazos de solidaridad y seguridad, ya que la proximidad de gente amiga o familiares otorga también un sentido operativo a tales relaciones sociales. Esto, visto desde el contexto interno de la villa, muestra cómo las relaciones que se establecen entre los tres sectores de la misma se construyen sobre la base de intercambios materiales y afectivos entre los pobladores. No nos olvidemos que en este reciente asentamiento viven conocidos, amigos y familiares de los habitantes de los otros sectores. Así, la articulación del lazo social en la villa en su conjunto, ya sea entre vecinos o entre sectores, adquiere formas diferentes que dan cuenta de las distintas representaciones y de los sentidos que les otorgan a las relaciones interpersonales, siendo éstas más o menos positivas, duraderas, y recíprocas.

Sin embargo, una característica sumamente importante que contribuye a la dificultad de sostener en el tiempo estos lazos sociales positivos entre vecinos es la

inestabilidad habitacional de los habitantes, ya que es reiterada y sistemática la circulación de discursos que amenazan anticipando un seguro desalojo de todas las familias que viven en el predio de la estación. Esta sensación de inseguridad, en este caso territorial³, puede ser considerada un factor determinante en el incremento de la violencia en la zona, ya que muchos de los sujetos transgresores no sienten la necesidad de establecer ciertas reglas de convivencia con sus vecinos. No comparten una historia en común y experimentan una fuerte sensación de desapego a la villa, tomada muchas veces como lugar de tránsito, no como un lugar con la posibilidad de proyectar una vida a largo plazo.

Las familias del sector III se conocen en su mayoría y, por lo tanto, las formas de intercambio social y material son más comunes y sostenidas en el tiempo. Los habitantes de este lado de la villa son los que continuamente marcan la diferencia con el sector próximo, que es el II. Estos límites dentro de la villa están regulados por las representaciones sociales de estigmatización desde afuera y desde el interior de la misma. El incremento de la delincuencia puso en el escenario público a las villas y éstas a su vez comenzaron a dividirse en sectores imaginarios según el grado de peligrosidad adjudicado a sus pobladores.

Dentro de este contexto, los jóvenes son el foco de atención ya que las nuevas prácticas vinculadas al delito (por lo general de menor escala o raterismo), el consumo de drogas baratas y las nuevas formas de sociabilidad (como son las reuniones diarias en las esquinas o al final de los pasillos, donde se consumen las drogas y el alcohol), además de marcar una fuerte “amenaza” para los demás habitantes de la villa constituyen, en su conjunto, la cultura de los denominados “pibes chorros”, quienes representan actualmente los peligros para la gente. Ante ellos, los vecinos toman medidas de seguridad e instalan nuevos mecanismos de relaciones sociales, que intentan sobrellevar posibles situaciones de riesgo.

³ El proceso histórico y la función socio-espacial de las villas y asentamientos en las zonas suburbanas de la provincia están estrechamente vinculados a la falta de espacio para las nuevas familias que se forman y no tienen lugar en el terreno familiar de origen, también sobre-poblado. Este hacinamiento de las nuevas generaciones es lo que provoca la ocupación de los terrenos fiscales y sitios baldíos, propicios para la instalación de las viviendas.

Características generales del Sector III:

Esta etnografía se desarrolla, en su primer tramo, en la zona conocida como Villa Muñeca III, ubicada en Avenida Francisco de Aguirre al 3.800 y, paralelamente, sobre calles internas y las vías del ferrocarril, de ambos lados.

Los terrenos del lugar presentan notables desniveles y la distribución del espacio es irregular. Esto se debe a un procedimiento generalizado que consiste en apropiarse de espacios fiscales y redistribuirlos en posteriores ventas a quienes los solicitan y llegan a un acuerdo con el “dueño” de la tierra. Otro tipo de adquisición de los terrenos es la donación o préstamo de los mismos por medio de relaciones y acuerdos familiares y de amistades entre vecinos. Esta práctica ya agotó sus posibilidades porque actualmente no quedan espacios libres debido al pronunciado crecimiento demográfico de la población.

Las casas, en su mayoría, están construidas con materiales de recolección callejera: chapas, cartones, plásticos y paredes de madera. Son pocas las casas hechas con ladrillo y un gran número de ellas están en proceso de construcción. El promedio de personas que viven en cada unidad familiar varía de acuerdo al número de hijos y nietos de sus integrantes. Se registran numerosos casos de hogares extensos (con numerosa prole) y complejos (con parientes lejanos y-o allegados). Además se encontraron numerosas “redes familiares” o “familias cluster”: es decir, ramilletes de hogares emparentados por ambos lados de la pareja, habitando viviendas diferentes, pero próximas⁴. Así, los hijos de una familia que se constituyen como grupo familiar al casarse o juntarse con una pareja, por lo general, construyen una pieza, o en su defecto ocupan una habitación de la casa de uno de sus padres para vivir. Este hecho favorece la constitución de estos núcleos familiares complejos que establecen diversos mecanismos de subsistencia y apoyo moral y económico.

Este sector está desprovisto de instituciones estatales de educación, salud y seguridad. Los chicos concurren a las escuelas y centros sanitarios más cercanos a su zona. Ante la necesidad de asistencia policial deben dirigirse a la comisaría sexta, ubicada en otro de los barrios que lindan con esta zona. Esta ausencia de los servicios asistenciales públicos en el lugar es un problema recurrente al que aluden los vecinos, que definen a este sector como *totalmente olvidado del resto*, llegando a considerarse abandonados y sin ningún tipo de respaldo estatal.

⁴ Estos datos acerca de la composición familiar de los habitantes de Villa Muñecas fue descrito y analizado en una investigación realizada en la zona por Alejandro Isla, Mónica Lacarrieu y Henry Selby en “*Parando la olla. Transformaciones familiares, representaciones y valores en los tiempos de Menem*”, Editorial Norma, Buenos Aires, 1999.

Funcionan dos comedores en este sector (el Hogar de *Doña Pancha* y El Hogar *Carballito*) que trabajan como ONG, con ayuda de gobiernos extranjeros, en donde convergen casi un 70% de los niños de 3 a 12 años de edad. El hogar *Carballito* intenta divulgar en la comunidad discursos y acciones con marcados contenidos ideológico-políticos que promueven actividades cooperativas, de autogestión y motivan diferentes formas de protesta social. En dicha ONG trabajan grupos de jóvenes estudiantes universitarios y profesionales, participan también varios dirigentes de partidos políticos de izquierda. Se realizan movilizaciones, seminarios y charlas para los habitantes del barrio en la misma sede del comedor. Por su parte, los vecinos definen y califican a estas actividades como “*cosas de ellos*”, pero a las que hay que “*llevarles la corriente*” para no “*quedar mal*” con los del comedor. Así, muchas veces, asisten a las marchas y movilizaciones por tener una relación de dependencia alimenticia con los organizadores de este centro, más que por poseer ciertas convicciones que crean justas de defender.

Los vecinos afirman que las modalidades de empleo e ingresos económicos de esta zona nunca fueron sostenidas por trabajos de tipo estable. Son excepcionales los casos de trabajadores “en blanco” que realizan además algún tipo de actividad especializada. Así, la mayoría de los hombres de esta población afirman tener o haber experimentado desde el punto de vista ocupacional sólo actividades inestables, de baja remuneración y sin cobertura social. Si intentamos hacer una clasificación, podemos decir que un primer grupo está integrado por peones y obreros de la construcción. Este empleo está ligado al tiempo de duración de una determinada obra y a la demandas del mercado. Así hay períodos de desocupación irregulares que pueden variar de semanas a meses. El segundo grupo está relacionado al trabajo por jornal –son los jornaleros- de los cosecheros de limones en la época de recolección en las quintas (de abril a agosto de cada año aproximadamente). Este empleo no es exclusivo de un género –el hombre- ni de una determinada edad –los mayores- sino que participan de él también las mujeres y los niños. Éstos últimos cumplen el rol de “autitos” o “carritos” que llevan y traen el morral –mochila donde se colocan los limones recién cortados de las plantas- de sus padres o madres o de algún conocido que los lleva a trabajar. El tercer grupo está más vinculado a formas de empleo informal como la recolección fuera del barrio de diferentes tipos de materiales como ser cartón, vidrio, plásticos, huesos, cobre, papel, etc., para su posterior venta a terceros. Aquí encontramos también los distintos tipos de “changuitas” que se consiguen esporádicamente y que constituyen un ingreso escaso e irregular a la economía familiar, entre ellos están los vendedores ambulantes y las

empleadas domésticas. Dentro de este grupo podemos mencionar también a los jóvenes y no tan jóvenes que realizan distintos tipos de actividades ilegales como una forma masomenos regular de obtener recursos según la circunstancia laboral del momento. Es interesante resaltar en este punto la naturalidad con que los jóvenes que no delinquen justifican la elección ilegal de los otros pares, argumentando que muchas veces no queda opción porque la crisis laboral se torna insostenible. Un cuarto grupo está constituido por los que consiguen sus ingresos en la misma villa. Estas actividades, por lo general, involucran a toda la familia y consisten en realizar una segunda clasificación de limones y basura en el mismo domicilio, según la época del año, para su posterior re-venta. También encontramos algunos negocios o almacenes precarios, carnicerías, verdulerías, quinielas y puestos particulares en los mismos domicilios de venta de sándwiches, bebidas, carbón y gas de garrafa. El quinto grupo está integrado por beneficiarios que realizan distintas actividades en el marco de los “Planes Trabajar”, cuyos trabajos consisten en atender comedores, limpiar y colaborar en centros sanitarios, escuelas y lugares públicos del barrio, como ser las plazas, grutas y las calles.

Asistencia Estatal: su doble estatuto social.

Los numerosos planes sociales que están en vigencia en la provincia repercuten directamente en los mecanismos de funcionamiento de los hogares de la villa. En la actualidad tener un plan equivale a contar con un ingreso mínimo pero seguro mensualmente que otras actividades informales no lo generan. En el discurso de los vecinos circula la idea de que los planes constituyen una ayuda pero que no son suficientes, mucho menos después de la ola inflacionaria que está viviendo el país. La plata no alcanza y los reclamos se hacen oír, denunciando que lo que realmente hace falta son posibilidades de empleo y organismos estatales que brinden las coberturas asistenciales necesarias para las personas de la zona. Sin embargo, el hecho de opinar que los planes sí benefician a la población carenciada no invalida posturas diferentes con respecto a su repercusión en la vida práctica y cotidiana de los habitantes, quienes sostienen fuertes cuestionamientos al sistema de organización y distribución de dichos planes.

La presencia de los planes en la villa es un fenómeno implementado por el gobierno nacional desde la última crisis económica que experimentó el país. Constituyen planes sociales de emergencia destinados a solventar los gastos de la canasta básica de sectores carenciados y marginales de la sociedad. La finalidad que

persiguen es ayudar a las familias a sostener la educación y los controles sanitarios de los chicos.

Ahora, las cosas en la vida real son mucho más complejas y difíciles de resolver ya que en la mayoría de los casos salta a la vista que la desestructuración familiar e identitaria que genera el desempleo y las privaciones materiales poco y nada se modifican con la dádiva de los planes. Esta severa crítica a las políticas sociales del gobierno aparecen recurrentemente en las charlas con los vecinos, quienes emplean una frase bastante elocuente para graficar las consecuencias de los planes en el tejido social: *“todos esos planes no hacen otra cosa que fomentar la vagancia en la gente...”*. La vagancia se define como un estado de pasividad absoluto, no productivo de las personas.

El análisis de los efectos de los planes en las dinámicas laborales de los vecinos muestra una red sumamente compleja de relaciones y posibles sistemas paralelos de “pseudo-empleo”, que en algunos casos agudiza los procesos de desocialización o no influye positivamente en la economía y sostén económico de los hogares afectados por la crisis. Este pseudo-empleo se evidencia en la falta de coordinación que exponen los entrevistados con respecto a los horarios de trabajo que fijan los planes, imposibilitando el desempeño en otra actividad que genere ingresos complementarios. A esta primera observación se suma el hecho de que la interpretación que hacen muchos beneficiarios del plan es que si consiguen otro empleo temporal pierden el plan que promete ser más estable, lo que genera que muchos miembros de las familias intenten vivir con este presupuesto de \$150 y continúen paliando la economía familiar mandando los chicos a pedir, interrumpiendo el ciclo escolar o sólo enviándolos más o menos periódicamente a la escuela con el único fin de obtener los certificados de asistencia, necesarios para la renovación de los planes.

Resulta significativo ver cómo estas lógicas de acción con los planes son compartidos por la mayoría de los entrevistados, quienes afirman no hacer nada que no hagan también los demás, instalándose un consenso acerca de la corrupción original de estos beneficios y la necesidad de actuar de acuerdo a determinadas pautas que lejos de ser consideradas irregulares, representan el funcionamiento de un sistema más amplio de corrupción y negociación fuera del marco legal. En este sentido la alusión directa a los políticos y sus maniobras arbitrarias de distribución de los planes, se presenta como un claro ejemplo de esto que exponemos. Aunque la corrupción general en el manejo de estos planes sea considerada casi intrínseca al sistema de ayuda social que manejan los

políticos, los habitantes no dejan de reclamar un mayor control con respecto a la distribución y uso por parte de la gente de tales beneficios. Así, a pesar de que no se cumplan determinadas reglas institucionales, se mantiene vigente la idea de la importancia de respetar las mismas para lograr un cambio cualitativo en las vidas de las familias pobres. Igualmente este tema presenta numerosas aristas y nos lleva indefectiblemente al terreno de las políticas públicas que intentan dar respuestas a la crisis social con estos planes, pero como contrapartida ocasionan el surgimiento de subsistemas de empleo y clientelismo que lejos de impactar positivamente en el desarrollo civil-democrático y material de los sectores populares, naturalizan formas malogradas de supervivencia que, a su vez, relegan a la población, reproduciendo una vez más el estigma social.

La presencia de los planes no acalla la sensación general de abandono estatal que experimentan los vecinos, ya que esta zona, como tantas otras, está “*perdida y olvidada por todos*”. Las quejas por representar un sector social y geográfico que no cuenta con las coberturas básicas de educación, salud y seguridad demuestran que el mentado alcance masivo de los planes a la población “en riesgo” no es tal:

La idea de abandono se complementa con la idea de extrema pobreza y falta de oportunidades laborales. El alcance de los planes no llega a satisfacer las necesidades mínimas de las personas que reclaman apoyo desde las instituciones públicas, consideradas totalmente alejadas de la realidad social que viven las clases populares. La reflexión que aparece siempre es que no alcanza lo que se está haciendo desde el gobierno e incluso que lo que realmente llega como ayuda se desvirtúa en su función, ya que representan salvavidas temporales y bastante dañinos para la conformación de la integridad ética y social de las villas.

Esta temática está ligada a la cultura política que practican los habitantes, sus convicciones y motivaciones ideológicas que inciden en sus modos de interpretar la realidad política de la provincia y a sus representantes más directos en el barrio. Los políticos (concejales y legisladores) que representan la zona en la que viven son denominados los “*perros grandes*”, figuras que representan un cierto grado de poder y a las que hay que llevarles la corriente para poder conseguir algún rédito. La idea generalizada es intentar sacar, si se da la oportunidad, algún beneficio de los políticos en la época de elecciones, ya que después es un “*tiempo muerto*” porque no se los ve aparecer. Está la convicción de que los políticos no ayudan a la gente, y que lo que se

gana en el barrio y en las familias en particular, representa el propio esfuerzo y sacrificio.

A esto se agrega además, como ya lo mencionamos, la existencia en el lugar de organizaciones sin fines de lucro que promueven la organización y la producción vecinal autónoma, con una fuerte tendencia a la protesta y movilización social. Una primera hipótesis advierte por parte de los vecinos la no adhesión a los objetivos básicos de la ONG, sino sólo su utilización como medio para obtener los alimentos necesarios del grupo familiar, en este caso preciso, de los más chicos, quienes diariamente concurren a los comedores. Sin embargo la concurrencia a los comedores de la zona es bastante irregular y está supeditada a las épocas de mayor o menor ingreso económico en el grupo familiar, ya que la atención que brindan dichos organismos a los niños no es considerada óptima ni indispensable desde la perspectiva de los vecinos.

¿Qué se entiende por violencia? ¿Cómo los jóvenes son “señalados”?

La opinión pública deposita en las villas el origen de la “ola de violencia” que azota a la población en su conjunto, hecho que contribuye a que se generen mapas imaginarios en los que se territorializan los focos de peligro. Este mapa del delito es usado principalmente para mantener un alerta constante en la población que debe tratar de alejarse de estos sectores “*infectados*” de delincuentes y “*gente de mal vivir*”.

Este difundido estereotipo afecta la imagen propia que la gente de la villa tiene sobre sí misma y el barrio. Cuando se les pregunta si hay hechos de violencia en el barrio comienzan argumentando que la villa no es lo que la gente de afuera dice o como siempre muestra la televisión. Afirman que saben que “...*la otra gente cree que todos los que vivimos en una villa somos delincuentes y que vivimos una vida fácil, que vivimos de joda...y no es así...acá también hay gente trabajadora y bien...vos has visto, hay de todo, como en todos lados...*”. Este enunciado esquematiza las representaciones sociales de las que se saben portadores los villeros y apelan a sostener al mismo tiempo que la villa no es como dicen “los otros” o al menos no es tan diferente al resto de los sectores de la sociedad en general.

Una vez hecha esta aclaración, que consideran de suma importancia, vecinos del sector III de la villa agregan que en esta área no se registran situaciones de violencias, como ser peleas entre vecinos o entre chicos de la calle, siendo el sector más tranquilo del barrio. Con respecto a las problemáticas que las prácticas delictivas acarrearán al barrio, hacen la misma salvedad: “...*por lo menos aquí es tranquilo...no se dan los*

robos...cada uno esta en su casa...”. Pero esta aparente tranquilidad de la zona luego, en otras charlas, adquiere nuevos significados ya que las mismas personas que sostenían que no hay episodios de violencia ni robos relatan cómo se alteraron las rutinas del barrio de un tiempo a esta parte. Cuentan cómo ya no pueden salir y dejar la casa sola, ni a los chicos solos, que deben guardar todos los objetos y ropa adentro de la casa, incluso cuando está la familia realizando alguna actividad en la vivienda: “...vos has dejado algo, un machete, una pinza, un trapo cualquiera y ya te lo han llevado...”. De manera más reservada confiesan también que muchas veces tienen que hacer oídos sordos a los insultos de los “*mocosos borrachos y drogados esos que pasan provocando...pegando a los perros de uno...todo para buscar camorra...*”. Como vemos estas situaciones, lejos de significar pura tranquilidad, instauran nuevas pautas de acciones en los vecinos, que intentan mantener un estado general de calma frente a los comportamientos y amenazas de los más jóvenes, por lo general, hijos de vecinos del barrio. Gran parte de los actos violentos están relacionados con las acciones desbordadas de jóvenes que violan las pautas de comportamiento y convivencia que funcionan en la villa. Con esto no se quiere decir que haya un sistema específico de reglas que todos los habitantes de la villa respeten, de hecho no es así, pero sí existen, especialmente entre los miembros de las familias numerosas y los vecinos más allegados, una especie de consenso con respecto a los favores que se pueden solicitar y a las normas de convivencia que deben estar presentes para no perjudicar al otro. Un ejemplo simple de esto es no poner la música a todo volumen si el vecino está con una persona muy enferma o si acaba de tener familia la mujer de la casa, etc.

Como vemos, las relaciones entre vecinos se ponen en juego o en crisis constantemente en el interior del barrio y esta crisis no se resuelve de una única manera, sino que van apareciendo diferentes formas particulares de resolver los conflictos, de acuerdo al contexto y a los participantes específicos del problema. La violencia en el barrio tiene muchas formas y la frontera que separa lo que está bien o no hacer también muestra oscilaciones entre los habitantes. Así, determinados hechos violentos son considerados “aceptables” mientras que otros no son justificados de ninguna manera por ser considerados destructivos de la calidad de vida del barrio.

Dentro de cada familia bajo estudio se establecen ciertos códigos que legitiman determinadas violencias “válidas” y repudian otras “no aceptadas”, hecho que deja entrever una dinámica propia que necesita ser desarrollada de manera exhaustiva,

teniendo en cuenta las distintas variables que presentan los casos estudiados. Nos detenemos en los casos de Giselle y su madre y el de Maga y su hijo Ezequiel.

El ejemplo de Giselle citado anteriormente es doblemente significativo, ya que además de la experiencia de abandono de sus padres, actualmente presenta problemas de violencia física ejercida por su madre. Los disparadores de estos hechos pueden ser diversos: lavar mal la ropa, no haber cocinado en tiempo y forma, haber demorado en hacer alguna compra, etc. Las golpizas suelen dejar severas marcas en su cuerpo: moretones, rasguños, hematomas. Ante este hecho los vecinos muestran su disconformidad y utilizan formas simbólicas de desaprobación como ser no saludando a la madre, y advirtiéndole de manera secreta a la chica que debe concurrir a la comisaría de la zona y poner una denuncia por maltrato.

El lema de casi todos los vecinos es *“no meterse en problemas ajenos...ellos en su casa y yo en la mía...”*. Este consenso de no intervenir activamente en los distintos fenómenos de violencia en los núcleos familiares se sostiene mediante el argumento de que una supuesta intervención ocasionaría la agudeza y el descontrol del conflicto inicial, generándose así una ola de violencia y promoviendo enfrentamientos que muchas veces terminan en episodios sangrientos con la consecuente enemistad entre vecinos y amigos a favor de una parte o de la otra. La ayuda o solidaridad en estos casos va por otras vías más íntimas o discretas que intentan brindar algún tipo de ayuda pero sin exposición directa de identidades. Esto puede tener que ver con el intento por preservar el lazo social que une a los vecinos, en este caso muy próximos entre sí. Se arriesga esta hipótesis ya que la misma vecina que alentaba a Giselle para realizar la denuncia a su madre, un mes y medio después acordó en muy buenos términos, debido a problemas económicos, venderle a esta mujer un juego de sillas que le habían regalado unos “patrones” a su marido. Como vemos, la idea de mantener esos lazos vecinales que involucran numerosos tipos de vínculos, ayudas y solidaridades, se presenta de modo más o menos consciente, ejerciendo motivaciones concretas que pesan a la hora de tomar una decisión que pueda dañar completamente ese vínculo e intercambio material entre vecinos.

En este punto resulta ilustrativo el caso de la familia de Ezequiel, constituida en forma de ramillete y conviviendo en diferentes “piezas” –equivalentes a unidades habitacionales- en un mismo terreno:

(Fragmento de una entrevista: mientras carneaba y pelaba un chanco, don Nicolás cuenta un episodio con sus vecinos, reflejando la problemática de los lazos sociales que intentan mantener).

Observador: ¿Qué piensa de los chicos que roban?

Nicolás: Y a ésos desgraciadamente habría que meterlos en cana y... por empezar a los padres, más por los padres.

O: ¿Usted cree que la culpa está en la familia?

N: Claro... es el padre...y ellos son los que lo tienen que guiar [...] ya va a cumplir doce años, y si yo le doy calle... ¿Qué pasa? entonces ellos se empiezan a drogá, se juntan con amigos, se juntan con el otro y si yo lo veo drogándose...

- A veces el mismo padre lo corrumpe, porque el mismo padre es el que va y sale a robar...

N: Y muchas veces para tomar... lo manda a laburar, lo manda a pedir, como hace la gente del otro lao, hay una banda de chiquitos, yo quisiera que usted vea cómo tienen los chiquitos así, le ha pedío pan el otro día, a mi mujer le ha pedío pan. [...] debe tener cinco años...se ha sentao ahí la chiquita, dice, yo me voy a sentar a comer pan, porque mi papá me quita. Dejesé de jodé! ¿Entiende lo que es? ¿Cómo yo le voy a quitar un pedazo de pan a mi hija? Si, si le tiene hambre que lo coma ella, ella primero y después lo como yo. Uy! Aquí las cosas que yo veo. Igual que lo agarra al chiquito del pecho, lo pone ahí y lo ha tirao, estaba machao y lo ha tirao así y el otro ha venío y lo ha barajao, sino lo mataba...además Ezequiel, el otro de los chiquitos, está un palito...ahí en el SIPROSA ese que esta aquí, me he ido y le he dicho a la doctora. Ahí el otro día casi he saltao la tela ¿no? lo iba a quebrejiá a gambazos.

Como nos ejemplifica este relato, hay hechos que son repudiados por los habitantes, considerados inconcebibles y perjudiciales, ya que dañan a terceros y rompen con los esquemas familiares tradicionales que persisten en la villa. Así, Nicolás cuenta cómo una pequeña pide permiso para comer el pan en el patio de su casa porque de no ser así, su papá se lo quita. La consigna “los niños primero” en este caso no es valorada y produce el enojo en el vecino que siente impotencia ante estas situaciones que considera inadmisibles. Este episodio no parece aislado, ya que se agrega otro ejemplo de abuso e irresponsabilidad cometido por este papá hacia otro de los chicos, esta vez un bebé que es arrojado al aire en una maniobra altamente peligrosa y en estado de total ebriedad. La reacción de Nicolás queda caduca ya que a pesar de tener ganas,

como confiesa, de saltar la tela e intervenir en el suceso, no lo hace y decide demandarlos de manera anónima en el centro sanitario de la zona con la esperanza de que se tomen algún tipo de medidas. A lo largo de la charla este vecino cuenta también como prefiere no meterse en problemas con los vecinos, ni con los chicos que delinquen para evitar enfrentamientos violentos que “...*nunca se sabe como pueden terminar...uno se mete y por ahí termina herido o muerto...*”. Agrega también que no metiéndose en nada protege a su familia de futuras represalias.

En la mayoría de las entrevistas y charlas los habitantes confirman compartir una actitud de supuesta indiferencia ante episodios violentos que molestan por ser considerados ilegítimos dentro del tejido social de la villa. Decimos que la indiferencia es relativa porque provoca el rechazo de los vecinos, quienes se manifiestan con denuncias anónimas e incluso con prácticas simbólicas que van desde no dirigir la palabra a los responsables del episodio hasta hacer público los hechos a los otros vecinos. Estas respuestas a la violencia familiar son altamente significativas porque por un lado, muestran ciertas pautas o reglas que un colectivo considera necesario respetar para mantener un equilibrio moral y afectivo en el barrio pero, por otro lado, cuando se presentan violaciones a estas pautas, se acude a agentes externos (a la policía como en el caso de Giselle y a los agentes sanitarios como en este caso) a la comunidad para que actúen y restablezcan un posible orden.

Sin embargo, más allá de la voluntad generalizada de evitar conflictos vecinales, las disputas entre vecinos son frecuentes, ya sea por la desaparición de objetos caseros, deudas de dinero no saldadas, asuntos de “cuernos” o intervenciones en peleas domésticas si se considera injusto el asunto y desmedidos los golpes. Estos hechos revelan, en una primera instancia, la complicada red de acuerdos implícitos y explícitos entre vecinos que comparten un contexto y vínculos particulares.

La mayoría de las peleas entre vecinos presentan patrones recurrentes como ser conflictos durante o después de una “ranchada”⁵ entre hombres adultos o jóvenes alcoholizados generados por diversas discusiones: desaparición de objetos como ser compactos musicales, dinero de alguno que estaba participando de la reunión o viejas rivalidades que afloran con la ingesta de alcohol. Por otra parte, las “peleas de polleras” protagonizadas por mujeres que obedecen a variadas causas: chismes pasionales, golpes

⁵ Las ranchadas son reuniones periódicas de grupos de personas, por lo general hombres, que se hacen en casas o en pasillos y esquinas, cuyas actividades principales son el consumo de alcohol y drogas.

inferidos a los chicos por una vecina, no devolución de préstamos de dinero o mercadería, etc.

El primer grupo de problemáticas violentas se caracteriza por ser exclusiva de hombres y no pasar al ámbito público del barrio, es decir, no implicar a las familias o amigos de los protagonistas de las peleas. Pareciera haber un acuerdo que consiste en empezar y terminar el pleito en la ranchada, no extenderlo al vecindario ni a terceros. Por este motivo los vecinos explican cómo en una pelea entre borrachos “*es regla*” no meterse ya que “*se les pasa al rato y después andan abrazados... como si nada hubiera pasado...*”. Pero esto no siempre es así, ya que en otras charlas aparecen relatos que narran pleitos surgidos en una ranchada, que continúan desarrollándose hasta culminar con hechos de sangre como ser un balazo o una puñalada. Además tampoco siempre estas ranchadas permanecen aisladas del resto de los vecinos del lugar, ya que son constantes las quejas por las provocaciones que los alcohólicos o drogadictos efectúan a los vecinos que pasan por el lugar del encuentro.

Como vemos, esa generalización de que las peleas de los miembros de una ranchada no llegan a mayores es bastante arbitraria y comienza a no sostenerse cuando, en medio de otros temas, aparecen numerosos relatos de hechos de violencia, cuyo origen se encuentra en las prácticas de estas reuniones.

Víctor, un joven de 30 años y conocedor de las famosas ranchadas cuenta un ejemplo de pleito que culminó con un homicidio culposo:

V: Y agarra y... los otros los Galeano le entran a molestar ¿Has vistó? Le decían un montón de giladas, agarra él y... y se va. Eeeh...

O: ¿Estaban en una fiesta, tomando?

V: Claro, estaban así en una ranchada... él venía pasando [Un vecino: Ricardo] y se ha armao de una... los Galeno le entran a insultar al muchacho esteee... a Eduardo y Eduardo dice que da la vuelta porque es grandoto, y lo agarra a piñas... y agarra, se mete y lo defiende a... a Daniel, le pega a Eduardo, viene... sale el padre de Eduardo y... se enrieda en el problema: Eh!, que pasa, qué te hacé el vivo con el chango... Y lo agarra... lo agarra a trompadas, con Daniel se agarra a trompadas, lo vuelve hacer sonar a Daniel y en eso viene el tío del otro muchacho y saca un fierro y le pega un fierrazo en la cabeza y de ahí agarra el mismo fierro Daniel y le pega como dos fierrazos más y le pega, le parte el ojo. Le saca así. De ahí agarra el... Ricardo cuando ya ha caído, ha caído él así, se levanta así... y entra así, caminando pa' l piso, cuando

iba para adentro viene el otro hermano más chico, Miguel Ángel y lo agarra con un cuchillo y lo corta.

O: *Le corta el cuello.*

V: *Le pega así... creo que... le ha pegao acá así, creo que le pega acá en la parte esta la yugular y después le vuelve a pasar y le pega de nuevo. Cuando le ha pegao así ha entrao adentro y ha caío, ya cuando ha caío no más dice que ya estaba muerto...*

O: *¿Y qué pasó después?*

V: *Han llegado los otros muchachos, todo ahí...han venido y lo han buscado...pero los otros se habían ido y se habían escondido ahí no más cerquita, cerca de la casa no más. Y al rato han venío los policías y lo agarran, lo agarran a ellos, a él y al tío también lo llevan lo llevan preso y... bué. Y ellos han agarrado y han estado presos.*

Este relato detalla pormenorizadamente como una serie de insultos, considerados ya un clásico por los vecinos, ocasiona un enfrentamiento entre familiares y vecinos que termina en un hecho de sangre. Un dato importante es que había entre las familias involucradas en la pelea parentescos consanguíneos, que actualmente se encuentran afectados por este episodio y continúan generando serias disputas que siempre amenazan con ser tan violentas como la anterior. El comienzo de esta pelea no resulta particular ya que, como dijimos, es casi normal que miembros de una ranchada provoquen a vecinos y conocidos. Tampoco resulta extraño que la discusión se torne más intensa con el agregado de los familiares y vecinos de ambos bandos. Hasta aquí la historia presenta rasgos comunes a otras historias que ocurren, a las que los habitantes consideran “*picoteadas que no llegan a nada*”. Pero el uso del arma de fuego –el fierro-imprime a la escena un tinte particular porque “*ya la cosa se pone seria...*”, es decir, el peligro es evidente. A esto se suma una especie de ensañamiento porque ni las golpizas ni los tiros fueron suficientes para los agresores, quienes terminaron de “liquidar” a su “enemigo” degollándolo.

En este hecho el lema “*nadie se mete*” no funcionó, ya que los vecinos denunciaron explícitamente a los Galeano y contribuyeron con información acerca de sus paraderos. Otros vecinos que presenciaron este hecho sostienen que fue una “*batalla campal*” y que denunciaron a los homicidas por temor a lo que después de eso serían capaces de hacer en el barrio. Una vecina en particular me decía que si el hecho “*...quedaba en la nada se iban a sentir dueños y señores de hacer lo que quieran...y no es así...había que mostrarles límites...*”. Los límites no están definidos de una vez y

para siempre sino que se instauran en la medida en que las mínimas condiciones de seguridad del barrio se ven amenazadas. Un ejemplo claro de esto es el temor que producen en los habitantes “*los tiros al aire*” de algún vecino que intenta asustar a posibles ladrones, o los que se tiran en medio de peleas para generar un clima mayor de tensión, etc. Los tiroteos quiebran la tranquilidad del lugar y son considerados fuentes de futuros enfrentamientos, que a su vez, atraen las medidas de seguridad del cuerpo de policía de la zona y se crea un ambiente “*peligroso*”, además de hacer “*marcar mal*” a la villa. Esto explica en parte porqué siempre en una primera instancia y cuando se indaga específicamente acerca de las características de la zona la mayoría de los habitantes afirma que es un lugar bastante tranquilo, sin mayores complicaciones, alejándose de una posible imagen negativa del lugar. Esto sucede en general con los vecinos radicados hace muchos años en la zona, quienes afirman tener buenas relaciones con todos los vecinos de “*su época*” y explican cómo la llegada de gente nueva es lo que produce “*a la larga o a la corta las peleas*”. Así, distinguen que la violencia entre vecinos se da siempre con o entre gente que no se conocía de antes. Un primer análisis de esto puede llevarnos a pensar en la idea de pertenencia al lugar que presentan algunos vecinos, diferenciándose de los otros, vistos como los promotores del disturbio y los encargados de “*arruinar el barrio*”. Sin embargo, hechos como los de los Galeano, una familia antigua de la zona, desconcierta esta visión y lleva a tratar de explicar estos sucesos como parte de las transformaciones en la sociabilidad de la villa, donde viejos patrones de convivencia dan lugar a nuevas prácticas sociales y a variadas formas de relaciones entre vecinos y familiares que responden al contexto actual, signado por profundos cambios socio-culturales que tienen su incidencia directa en la vida de las personas, sus motivaciones y su organización.

A modo de conclusión:

Los nodos de análisis hasta aquí expuestos presentan temáticas o ejes transversales que los relacionan de manera bastante directa. Así, vemos como los núcleos familiares estudiados están atravesados por las problemáticas de inestabilidad laboral y asistencial que presenta la zona, y sobre todo por los conflictos internos de la villa entre vecinos y entre éstos y los jóvenes que, con sus prácticas delictivas socavan la continuidad de las “*buenas*” relaciones vecinales. La violencia familiar y entre jóvenes y vecinos también ocupa un lugar importante en la comunidad, conformando

distintos modos de relaciones y de reacciones entre los habitantes, que experimentan importantes cambios en los diferentes niveles del orden social del que forman parte.

Este complejo de temáticas interrelacionadas explica en parte la crisis social generalizada que están viviendo los sectores populares, no sólo desde una perspectiva económica-laboral, sino también desde una perspectiva psico-social, ya que se están gestando cambios en los sistemas de valores y creencias de las personas, lo que ocasiona, a la vez, la convivencia de varios sistemas de pensamiento y acción disonantes entre sí. Por ejemplo, las delimitaciones entre lo que sería lícito hacer están presentes, es decir, hay una conciencia de ley, pero esto no equivale a decir que dicha ley regule las actividades de las personas en todo momento, ya que las diversas situaciones y contextos son los que llevan a tomar ciertas decisiones y no otras, como ser robar o no; denunciar un maltrato o quedarse callado.

La violencia familiar y barrial en todas sus expresiones, el abandono de personas, la creciente delincuencia y conflictos con los grupos juveniles, la inestabilidad laboral, la ineficacia de la asistencia estatal por medio de los planes, la creciente estigmatización de las villas, la precariedad de las economías familiares, la convivencia de diferentes consensos morales y éticos, la pérdida de estatus de las instituciones estatales –escuela, policía- etc., son algunos de los temas que despiertan el interés de los habitantes, convencidos de que están viviendo períodos de cambios significativos que afectan profundamente a la estructura social. En este sentido, no nos olvidemos que son precisamente los sectores populares suburbanos los que se ven mayormente afectados por estos nuevos procesos de cambios en la socialización, ya que el fenómeno de la violencia en todas sus expresiones, se agudizó sustancialmente, quizás como una forma de respuesta muda al resto de la sociedad, que en su dinámica de funcionamiento neoliberal produce estas sectorizaciones y divisiones sociales.

El propósito de la exposición de los distintos nodos que resultaron del trabajo de campo en la villa, es comenzar a establecer, no sin antes cotejar los diversos trabajos de investigación cuyo objeto de estudio son las áreas y habitantes marginales, las posibles relaciones entre pobreza, formaciones culturales, sociabilidad y violencia que se manifiestan en los mencionados sectores con mayores índices de pobreza y victimización.-

BIBLIOGRAFÍA

- **AUYERO, J.:** *Otra vez en la vía. Notas e interrogantes sobre la juventud de sectores populares*, Buenos Aires, Editorial Espacio, 1993.
- **BORON, A.; GAMBINA, J. y MINSBURG, N.;** (Comps.): *Tiempos Violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*. Buenos Aires, CLACSO, 2004.
- **CERRO A. Y MELONI, O.:** *Análisis económico de las políticas de prevención y represión del delito en la Argentina*, Córdoba, Editorial EUDECOR, 1999.
- **DUSCHATZKY, S. Y COREA, C.:** *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 2002.
- **GAYOL, S. y G. KESSLER** (comps.): *Violencias, Delitos y Justicias en la Argentina*. Buenos Aires, Manantial/ Universidad Nacional de General Sarmiento, 2002.
- **GIDDENS, ANTHONY:** *Las nuevas reglas del método sociológico. Crítica positiva de las sociologías interpretativas*. Buenos Aires, Amorrortu, 1993.
- **ISLA, A. Y .MIGUEZ, D. (Coord.):** *Heridas Urbanas-Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa*. Buenos Aires: Editorial de las Ciencias, FLACSO, 2003.
- **ISLA, A., LACARRIEU, M y SELBY, H.:** *Parando la olla*, FLACSO, Grupo editorial Norma, Buenos Aires, 1999.
- **KALIMAN, RICARDO (Dir.) y otros:** *Sociología y cultura. Propuestas conceptuales para el estudio del discurso y la reproducción cultural*, Proyecto "Identidad y Reproducción Cultural en los Andes Centromeridionales", Facultad de Filosofía y Letras (UNT), Julio del 2001.
- **KESSLER, G.:** *Sociología del Delito Amateur*. Buenos Aires: Paidós, 2004.
- **SAÍN, M.:** *Política, Policía y Delito. La Red Bonaerense*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2004.
- **TONKONOFF, S.:** *Desviación, diversidad e ilegalismo. Comportamientos juveniles en el Gran Buenos Aires*, Delito y Sociedad, Revista de Ciencias Sociales, n° 11-12, págs. 139-169, Santa Fe, Argentina, 1996.
- **WILLIAMS, RAYMOND:** *Sociología de la cultura*. Barcelona, Península, 1980.